

Antoni Puigverd

Regresar a 'Incerta glòria'

Cuando el profesor Xavier Pla me propuso participar en unas jornadas sobre Joan Sales en la Pedrera, dije sí queriendo decir no. Ante mí se alzaba una pared difícil de escalar. ¡Decir algo potable sobre *Incerta glòria*, un novelón de los de verdad! Un libro largo, denso, formidable. Tenía pensado releerlo en cuanto me sacara de encima el diluvio de novedades que inunda mi biblioteca. Pero una cosa es releer esta grandiosa novela y otra muy distinta anotarla y trabajarla. Y, sin embargo, Xavier Pla y Àlex Susanna, responsable cultural de Caixa Catalunya, acertaban recabando atención sobre la personalidad de Joan Sales (1912-1983). Republicano, catalanista y católico, su obra cuestiona la superficialidad maniquea del actual debate sobre la memoria. Un debate caracterizado por la politiquería y el encastillamiento moral desde el que los herederos de cada bando niegan los errores de su estirpe.

Nunca un encargo difícil e imprevisto me ha causado tal gozo. Aunque no sé si gozo es una palabra que pueda definir una novela que se lee con una mezcla de fruición, estupefacción y maravilla a pesar de que es un viaje al pozo sin fondo de las trincheras y al tedio de la posguerra. *Incerta glòria* es una de las mejores novelas europeas sobre la temática de la guerra, a decir de críticos tan objetivos como expertos en la materia, entre los que destaca la profesora Nora Catelli, cuya prodigiosa intervención en la Pedrera dejó al auditorio entero con la boca abierta.

Devoré *Incerta glòria* en mi juventud. Compulsivamente. Volando en pos del des-

enlace argumental, saltándome las densas, poéticas, durísimas y, sin embargo, fascinantes páginas en las que los personajes se dejan arrastrar por una especie de levitación mental mediante cartas, conversaciones o monólogos interiores. En mi juventud, apresurada como todas, aquellas páginas me parecían un lento obstáculo. Aho-



RAÚL

ra descubro, maravillado, que la prosa de Sales es una de las más brillantes de la literatura catalana de todos los tiempos. Un brillo deslumbrante que la profesora Nora Catelli asocia a la prosa de otro de los grandes autores de temática bélica, aunque situado en los antípodas de Sales, el controvertido Céline del *Viaje al fin de la noche*.

A mí, no sé muy bien por qué, estas levitaciones de los personajes de Sales me han recordado las epifanías o revelaciones que percibe Leopold Bloom, protagonista del *Ulises* de Joyce. Formalmente no se parecen en nada, pero coinciden en la misma revelación: "La vida de cada uno no puede ni ha podido ser nada más que un naufragio" (lo dice el cura Cruells, cuyo existencialismo, pariente del de Kierkegaard, no encuentra más sublimación que el símbolo de la cruz).

Incerta glòria (formidable la traducción al castellano, publicada por Planeta, obra de Carlos Pujol, que intervino en la Pedrera contando amenísimas anécdotas sobre Sales) ofrece un profundo panorama de nuestra guerra observada desde la óptica de los vencidos: el raro desprendimiento de los combatientes en las trincheras; la cobarde persecución religiosa en la retaguardia; los bombardeos del bando nacional sobre la población civil barcelonesa; las disputas entre comunistas y anarquistas; el choque entre modernidad y tradición en las artes de la guerra; los alucinantes tiempos muertos en los que el frente se congela; las espeluznantes y alucinadas páginas de la retirada republicana; el infinito gris de la Barcelona de posguerra...

La novela toma partido por la incierta gloria del abril republicano y por el triste destino de Catalunya. Y destila un mensaje existencialista y católico. Pero, como sucede en todas las grandes novelas, el discurso ideológico no domestica la verdad humana. Sostiene Kundera que los verdaderos novelistas rescatan al ser humano olvidado por la Historia mayúscula. Y, efectivamente, para Sales

los argumentos políticos e ideológicos son importantes, pero más importante es reflejar la verdad humana aplastada por el peso de lo trágico: la desvergüenza de los que agitan las ideas en beneficio propio, las dudas de los que en la trinchera ya no saben cuál es su bando puesto que la barbarie impera en todas partes, los desastres que causa la ideología en las gentes, la frialdad de la muerte en las batallas, la sordidez de la supervivencia, el refugio del cinismo, la alucinación del héroe...

Es imposible resumir esta novela. La sín-

Sales abraza a todos los condenados a la tragedia de la guerra: impotentes polichinelas del destino

tesis argumental (tres hombres, uno de ellos seminarista, enamorados de la misma mujer en el escenario de la guerra) nada sugiere del colosal impacto que causa en el lector. Impacto es, precisamente, lo que ha suscitado en la Francia culta la nueva traducción encargada por el sello editor Tinta Blava, que dirige Llibert Tarragó, francés hijo de catalanes exiliados. Han cantado sus excelencias críticos de *Le Magazine Littéraire*, *Le Monde* o *Le Figaro*. Hay que leer o releer *Incerta glòria*, sea en catalán o en castellano, en estos tiempos de retorno ideológico a las trincheras. Si su calidad impacta, la piedad es la gran aportación de Joan Sales a la memoria histórica. No es una piedad blanda, amanerada, pues incluye tragedia y odio. Sales toma partido, pero asume los excesos de su bando. La mirada piadosa de Sales abraza a todos los contendientes condenados a la tragedia: impotentes polichinelas del destino, solos en su desgracia. Solos en compañía de otros desgraciados solitarios.●

Francesc-Marc Álvaro

Responsabilidad y respeto

Hay dos principios que son incuestionables, axiomáticos: a) el nivel 0 de riesgo es imposible de alcanzar por muy desarrollada que sea una sociedad; b) todos los gobernantes democráticos tienen como uno de sus mandatos principales el garantizar la seguridad y la vida de los ciudadanos. Entre ambas afirmaciones se establece una dialéctica compleja que ilumina toda la casuística relacionada con las catástrofes y emergencias que se dan en entornos como el nuestro, marcados por un alto nivel de desarrollo y libertad. El excepcional temporal de viento que ha azotado recientemente diversos territorios de la Península ha puesto a prueba a las administraciones y a las empresas de servicios básicos. Y también ha examinado a los políticos que nos gobiernan.

Algunos han aprobado y otros han suspendido. El Gobierno de Euskadi, por ejemplo, supo prevenir con firmeza y comunicar con eficacia los peligros que se avecinaban. El Govern de Catalunya, en cambio, erró de manera evidente, aunque se haya autocalificado con buena nota. ¿Podemos hablar de todo esto sin que el conseller Saura y su partido se pongan histéricos y denuncien campañas de asedio por doquier? ¿Podemos criticar una gestión gubernamental, como se hace en cualquier país normal, sin que el debate acabe

siendo sobre la bondad o maldad de la prensa en vez de sobre la incompetencia de algunos cargos? Que algunos personajes vayan encadenando actuaciones penosas no debe frenar (ni por cansancio ni por miedo a las amenazas) la labor de levantar acta de lo que no funciona. Así debe ser, gobiernen unos u otros. Por sectarismo, algunos prefieren defender siempre a los políticos que coinciden con su punto de vista, lo hagan bien o mal, extremo que también hemos visto ahora. Allí cada cual con su credibilidad.

Hay dos palabras que articulan, me parece, el debate imprescindible sobre las repercusiones políticas del vendaval en Catalunya: responsabilidad y respeto. Detengámonos en cada una de ellas.

¿Qué es la responsabilidad en política? Responder de las decisiones que se toman y también de aquellas que no se toman y deberían haberse tomado, y actuar, luego, en consecuencia. En casos de error manifiesto, en los países serios, la responsabilidad significa presentar la dimisión o destituir a alguien. Pero, si hablamos del tripartito catalán, ya sabemos que existe una cláusula no escrita del pacto entre PSC, ERC e ICV: el president no puede tocar a nadie. La arquitectura del actual Govern es tan precaria que la autoridad de Montilla sólo existe si no la ejerce hasta sus últimas consecuencias.

El Departament d'Interior no actuó con suficiente responsabilidad porque no hizo todo lo que podía hacer ni lo hizo a tiempo. Las pruebas concretas de ello ya se han divulgado. Desplazar la responsabilidad hacia los particulares o hacia los ayuntamientos, como ha hecho Joan Boada, secretario general de Interior, es impresentable. Además, para una fuerza que se reclama municipalista, este ardid resulta grotes-

La Conselleria d'Interior se limitó a mostrar la bandera amarilla y cuando sacó la roja ya era demasiado tarde

co. Todo puede entenderse mediante la metáfora de las banderas que se usan en las playas: cuando las autoridades izan la amarilla, reclaman precaución al bañista; si izan la roja, el baño queda prohibido y, por tanto, la responsabilidad de lo que ocurra será únicamente del que, desoyendo el aviso, se meta en el mar. Ante unos vientos nunca vistos por aquí, la Conselleria d'Interior se limitó a mostrar la bandera amarilla y cuando sacó la roja ya era demasiado tarde.

¿Qué es el respeto en política? Entre

otras cosas, respeto es dar la cara ante los ciudadanos sin menospreciarlos con excusas peregrinas. Sobre todo cuando ha habido personas muertas y heridas. Alguien con cargo incluso tuvo la desfachatez de aludir al cambio climático para protegerse de las críticas. Asimismo, desde el PSC, movidos por el nerviosismo que les domina, han rebuscado en los gobiernos anteriores para escapar de la polémica, lo cual sólo viene a demostrar que la incompetencia está muy repartida por todas las siglas. Montilla copia lo peor de Pujol, como eso de autofelicitar por la respuesta dada ante las emergencias. Vale perfectamente para hoy lo que escribí en estas páginas el 24 de diciembre del 2001, cuando CiU erró en la prevención y respuesta a las nevadas de aquel año: "Desde el Govern de la Generalitat ha sido escandalosamente escasa la autocritica". También anoté algo que iba para Artur Mas, entonces conseller en cap, y que hoy dirijo a Montilla, Saura y Carod-Rovira: "Para mandar de verdad, hay que exponerse valiente al fuego de las crisis".

Antes y ahora, el respeto mínimo al ciudadano exige tener el coraje de asumir responsabilidades. Esos millones que Saura se ha gastado estudiando las causas de la desafección política se podrían ahorrar. Le bastaría con analizar con sinceridad varias de sus propias actuaciones.●